



## ALBACETE, EN SU TIERRA FRONTERIZA CON LEVANTE

Los límites de La Mancha son amplios: parece que, desde un punto cualquiera de la meseta, esa tierra no va a tener fin. Lo tiene, naturalmente. Cifñéndome a La Mancha albaceteña, diré que ésta casi se rompe al encontrarse con los montes de Chinchilla –Cordillera de Monte Aragón–, por un lado, y por otro, con las alturas que empiezan a apreciarse apenas pasar la pedanía de Pozo-Cañada.

Hemos partido en dirección Levante –Este/Sureste– por dos carreteras distintas: la N-430, que por Almansa nos lleva a tierras valencianas, y la N-301, que por Hellín nos conduce a Murcia.

Dije antes que La Mancha albaceteña «casi» se rompe al encontrarse con esas elevaciones. Y es porque, después –al menos si tomamos la carretera de Valencia–, el campo manchego renace de nuevo en la comarca de Almansa. Esta tierra plana –sólo la Sierra del Muger como un gigantesco ataúd puesto al revés en medio de la llanura–, esta tierra generosa para el cereal y la vid (en el triángulo Alpera-Bonete-Montealegre, con la propia Almansa), vuelve a hermanarse con las planicies, tan manchegas, de La Roda, Minaya o Villarrobledo.

Siempre que he subido desde Valencia o Alicante, tuve la sensación –al ver los barbechos, los trigales, las vides, las casonas solitarias (aldeas)– de que, efectivamente, ya

estaba en La Mancha. Sin embargo, estas comarcas que se asoman a la raya fronteriza con Levante –límites con Valencia, Alicante y Murcia– tienen sus propias características. La Mancha se diluye en tanto en cuanto se hace más próxima la vertiente mediterránea. Son, pues, estas comarcas –desde Casas Ibáñez, al norte; Almansa al este, y Hellín al sureste– tierras fronterizas. Lo fronterizo se puede considerar así por hallarse sus pueblos en lo que fueron límites respecto al asentamiento de gentes y culturas totalmente diferenciadas. Aquí, en la meseta, pero casi rozando el desnivel hacia la zona costera, se asentaron pueblos ibéricos de gran importancia. Y una muestra testimonial muy válida son los hallazgos en abrigos y yacimientos. Bastaría, como ejemplo, citar El Cerro de los Santos y el Llano de la Consolación, en Montealegre del Castillo, donde se encontró la Dama Oferente, una valiosísima muestra de la escultura ibérica.

Desde Hellín a Almansa, incluso siguiendo una línea fronteriza más prolongada, dirección norte, hasta Casas Ibáñez –pasando por Alcalá del Júcar y Jorquera–, se pueden encontrar rastros y huellas testimoniales de antiguas civilizaciones (un ejemplo, La Cueva de la Vieja, en Alpera, con pinturas rupestres, o los «abrigos» de Minateda, pedanía de Hellín, o las muñecas romanas de marfil, halladas en Ontur, o las cue-

vas trogloditas en las «paredes» rocosas que escoltan el cauce del Júcar, por Cubas, Jorquera y Alcalá, podrían ser más ejemplos). Es esta, pues, una tierra vieja, que ha sufrido siempre vientos gélidos y soles abrasadores. El campo ya no quiere ser Mancha, y los vinos de por aquí tienen más parentesco con los de Yecla y Jumilla que con los de Villarrobledo y Valdepeñas. Los pueblos son menos blancos, pues prevalece el ocre o terroso en las paredes. Los montes –con espartizales– dan otro tono, más grisáceo, al paisaje. Las gentes, por otra parte, suelen mirar casi con más frecuencia hacia Levante que hacia La Mancha castellana del interior. Hay algo mediterráneo ya en estos paisanos nuestros. Ellos, que saben de heladas, de sequías, de pedricos, también se ejercitaron en el triste quehacer de la emigración. Pueblos de minifundio, saben de las cosechas cortas, de los roces con la pobreza inevitable. Pero, no obstante, siempre vemos que aquí algo renace siempre. Las ciudades grandes –Hellín y Almansa– progresaron; pero también despertaron, industrializándose en lo que pueden, poblaciones como Caudete, Montealegre, Alpera, Ontur, etc. Luchan por poner en marcha fábricas de conservas, de juguetes, y para conseguir que sus vinos –denominación de origen «Jumilla» y «Almansa»– alcancen crédito y cotización en todos los mercados.